

consigo verle la linda cara. Así es que no tenemos esta noche más pasto que el del alma.

—Te engañas, tienes por marido á un hombre acaudalado; en mi bolsillo destella una peseta nuevecita, é irradia en el negro seno de la faltriquera fulgores verdaderamente argentinos, y más hermosos que los que irradia Venus en el oscuro manto de la noche, como decía yo cuando era poeta cursi. Vamos á derrochar esta cuantiosa suma que me acaba de prestar un mi amigo, vamos á gastarla en cenar unos trocitos de pollo, más tiernos que el corazón de dos enamorados; pero antes me has de decir si me quieres, como cuando te escribía esas cartas melifluas cuya lectura te entretiene tanto.

—¡Qué cosas tienes! Al ver lo ocurrente que te ponen las copas, tentaciones me dan de ofrecértelas.

—Te cojo la palabra, mujer mía, si vieras que eso nos convertiría en dioses.

—¿Por qué? —preguntó Amalia con candorosa curiosidad.

—Porque tú, con tu juventud y hermosura serías una Hebe, que es, como si dijéramos, la cantinera de los dioses; y yo sería el mismísimo Jove, sin haz de rayos, mas no sin ceño. ¡Mira!—y al decir esto frunció el ceño de un modo tan exagerado que Amalia, olvidando hasta el último resto de contrariedad, se puso á reír como chiquilla que era.

—Hay una dificultad para nuestro paseo,—dijo cuando hubo acabado de reír.—Mis botinas están más alegres que yo; ¡mira cómo se ríen!

—¡Presumida! ¿Crees que te voy á llevar á la Concor-

dia? Si no vamos más que á la calle de Dolores, á una fonda en que sirven asados de pollo muy regulares, sobre todo cuando los condimenta un apetito como el nuestro; conque en marcha, prenda, ya sabes que soy hombre de los de diciendo y haciendo.

Amalia cubrió con un mal tápalo su hermoso y agraciado cuerpo, por femenino instinto arregló los ricitos de su frente, y se vió en un espejito que por allí andaba; hecho todo lo cual tomó el brazo de Pacotillas, y, después de cerrar la puerta de su habitación, se fueron muy contentos. Razón tenían: vivían entre amor y miseria, pero las amargas de ésta eran menores que las dulzuras de aquél.

## CAPÍTULO IV

### Antecedentes

Pacotillas era un buen muchacho, lo había sido siempre, ó á lo menos constantemente le habían tenido por tal. Haría como diez años que paseaba su extravagante figura por las calles y los colegios de la ciudad de México. Era nativo de León, floreciente ciudad del Estado de Guanajuato, perdió á su madre desde muy niño, y desde chico se mostró tan avisado, tan despierto, tan inteligente y de tan felices disposiciones, que su padre, honrado comerciante de aquella plaza, comenzó á acariciar la idea de hacer del niño un letrado, y, si Dios quisiere, un hombre ilustre, que diera brillo á su casa, satisfacción á sus parientes y gloria á la nación mexicana.

En la escuela, el muchacho tuvo adelantos que parecieron fenomenales; aprendió con gran prontitud, no sólo á leer y escribir, sino los rudimentos de la gramática y los de la aritmética; en su felicísima memoria cupieron con holgura el compendio de *Historia de México* por Payno, el de *Geografía* por García Cubas y las hermosas fábulas de José Rosas Moreno, el insigne y malogrado vate.

Era de ver el júbilo que henchía el corazón de su buen padre, cuando en las noches de sencilla y familiar tertulia mostraba á sus bonrados amigos aquel prodigio de su casa, aquella prenda de su corazón, aquel ensueño de su amor de padre; eran de ver la gracia y el despejo con que lucía el muchacho sus muchas y raras habilidades: ¡qué cuentas sacaba, qué fábulas decía de memoria, y cuántas cosas de ingenio brotaban de aquel piquito de oro que le había dado Dios!

Lo que más placía al honrado don Francisco Téllez, era que su hijo había de llegar á hacerle comprender bien aquel endiablado sistema métrico decimal, que para él siempre había sido indescifrable y que seguía siéndolo aún, no obstante las graciosas y repetidas explicaciones del despabilado muchacho.

El buen comerciante estaba tan hecho á la vara castellana, á la yarda inglesa, á la libra, al cuartillo, á la fanega y á las demás medidas antiguas, que le parecía que el mundo daría un traspies y sobrevendría el caos el día en que hubieran de ser substituídas por el metro y su numerosa prole de centímetros y milímetros, por el kilogramo y su correspondiente falange de gramos y de

centigramos, por el litro con sus decilitros y centilitros, y por otras mil zarandajas que, para atolondrar al prójimo, inventan estos diablos de franceses.

Cuando el hijo de don Francisco resultó ser escolar de provecho, felicitóse por ello el bonachón del hombre, entre otras cosas porque ya tenía en casa quien le explicara tan enrevesadas novedades. Mas lo curioso del caso fué que, por más que el muchacho explicaba y volvía á explicar, el rudo padre cada vez menos entendía, y eso que era hombre de no malas entendederas, y se preciaba de liberal y amigo de reformas. El caso es que la del sistema métrico se le había atorado, por decirlo así, y por más que él pugnaba para ello, no lograba hacerla pasar de las fauces de su entendimiento, perdonádosenos tan innoble comparación.

— ¡Bien, muchacho! — solía decir, después de muchas preguntas, comparaciones, ejemplos é imágenes representativas, — ¡todo está muy bien! pero acábame de decir de una vez lo qué es el metro.

— Pues ya te he dicho, papá, — contestaba con aire pedantesco Paquito, — que el metro es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre.

— ¡Jesús me ampare! — exclamaba don Francisco, — si eso es lo que no puedo entender, ¿cómo puede ser eso?

— Pues así lo dice mi libro, — replicaba el muchacho, y acallaba las dudas del padre, sacando con mucha presteza de la faltriquera un compendio de la aritmética, de Contreras, y presentando la embrollada frase ante los ojos atónitos de don Francisco.

— Dices bien, hijo, así ha de ser, aunque yo no lo

entienda. ¡Qué hemos de hacer! esas cosas sólo entran cuando la mollera está blanda y no tiene uno la cabeza cargada, en primer lugar con los años, luego con el barullo de los negocios, y después con las cuentas que no nos pagan y con las que nosotros tenemos que pagar, que éstas no tienen escapatoria, porque si no... se pierde el crédito, y para un comerciante el crédito es más que un capital. ¡Vaya, vete á acostar y que Dios te haga un santo!

Un día llegaron á su colmo la satisfacción de don Francisco y la ciega fe que ya tenía en el talento fenomenal de su hijo. Celebrábase el cumpleaños del comerciante; honrados, buenos y leales amigos le acompañaban á comer; en sitios preferentes de la mesa estaban el maestro de gramática y el de aritmética del niño. Ya se habían saboreado algunas succulentas y bien condimentadas viandas, ya se habían vaciado algunas botellas de vinos generosos, y el entusiasmo agitaba con estrépito en torno de los convidados sus brillantes y movedizas alas.

Todo era júbilo, todo charla festiva, acentuada de vez en cuando por francas, cordiales y sonoras carcajadas. De súbito Paquito se puso en pie, con notable desembarazo y graciosa osadía, y asiendo un cuchillo hirió repetidas veces con el dorso de la hoja el brillante costado de un vaso próximo, produciendo instantáneo repiqueteo de cristalinos sonos. Reinó profundo silencio, todas las miradas se fijaron con avidez en aquel niño audaz, que, sin turbarse por ser objeto de la atención general, empuñó un vaso de vino y dijo con sonora y limpia voz: — A mi

padre. — Y después de la conveniente pausa se puso á recitar con mucha maestría una décima, una verdadera décima, bien medida, bien rimada y bien concluída, que, brotando de los labios del muchacho, lució su gentileza, dejó pasmado al auditorio y llenó de regocijo el corazón del padre.

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bien! — exclamaron en coro los concurrentes, atronando el aire con ruidosas palmadas.

Dos lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas del padre, se puso en pie, lleno de emoción, y corrió presuroso á estrechar en sus brazos á aquel hijo que tan puras emociones le causaba, y después de besar con efusión la infantil frente, le dijo con trémula voz, que los sollozos interrumpían:

— Dios te conserve, hijo mío, para regocijo de mi corazón y amparo de mi triste ancianidad.

Y así que le hubo acariciado y besuqueado bien, preguntóle con encantadora sencillez:

— Y qué, ¿sacaste de tu cabeza esos versos?

— No lo dude usted, — se apresuró á decir el profesor de gramática, — Paquito los ha compuesto; son sus hijos, como él lo es de usted.

El discreto lector comprenderá que la tan celebrada décima contaba como sus principales méritos: la edad del autor, y el estar dedicada á un hombre que, además de ser padre del poeta, sentía por los versos y por los que sabían sacarlos de su cabeza, como decía él, un respeto que rayaba en veneración. Un verso era, para el sencillo don Francisco, la más acabada muestra del humano ingenio, y en su cándida admiración ponía el comer-

ciante sobre los cuernos de la luna la que sabía forjar preciosidad tal. Ya se comprenderá por esto hasta qué exaltación llegaría en esos momentos su vanidad paternal.

—Decídase usted, don Francisco, decídase usted,— dijo el profesor de gramática, cuando se calmó un poco la algarada producida por la feliz décima;—es preciso que el niño vaya á estudiar á México, allá sí que podrá lucir sus grandes facultades,—añadió con pedantesco énfasis,—allá, en aquella atmósfera de ideas y de progreso, desplegará fácilmente Paquito las alas poderosas de su inteligencia y llegará á la altura de los Peza, de los Altamirano, de los Sierra, de los Ramírez, de los Carpio, y ¡quién sabe si llegue á medir la talla de los Byron y de los Víctor Hugo, de que tanto se pavonean y envanece las soberbias naciones de ultramar!

—¿Por qué no, señor Zuloaga?— contestó don Francisco, reventando de paternal orgullo,—¿por qué no? de menos nos hizo Dios; ya se han visto casos de padres muy rudos que engendran hijos de un talentazo más grande que esta casa, *continúas* este muchacho que tiene á quien parecerse; no lo digo por mí, que apenas he podido aprender la doctrina cristiana, dígolo por la difunta, que me dejaba abriendo la boca con el talento que tenía. ¡Vaya, que á querer, hubiera podido hacer moneda falsa!

—Además,—prosiguió el retórico dómine,—es preciso salvar esa inteligencia juvenil de las siniestras garras del oscurantismo, hay que evitar que esta cándida paloma de blancas alas sea víctima del buitre sombrío del retroceso. Usted sabe que, para nuestra mengua, esta sociedad está dominada por el fanatismo. Acudid, pues,

á vuestro hijo, señor Téllez, salvadle de este atroz peligro y formadle para la democracia, preparadle para el progreso y educadle para la libertad.

El candoroso don Francisco no vió muy claro á través de aquellas frases pomposas; mas como oyera hablar de garras, de buitres, y otros emblemas de rapiña y destrucción, tembló instintivamente, y haciendo esfuerzos por no quedar en elocuencia muy por debajo de su petulante y finchado interlocutor, dijo con energía:

—Eso sí que no, á mi hijo no me lo desgarran nadie; yo digo luego, no es justo que mi hijo se empañe y se deslustre aquí tras de este mostrador; yo quiero que sea un hombre ilustrado, para eso ha trabajado su padre hasta ahora, y para eso seguirá trabajando mientras Dios le preste vida.

Ese día quedó fijada la suerte de Paquito. Aquella décima, aquellos aplausos, aquellos elocuentes tropos del que le enseñaba á distinguir los sustantivos de los adjetivos, fueron el resorte, el vapor, la fuerza de proyección ó lo que se quiera, que iban á empujarle, desde su sencilla ciudad natal, hasta esta otra ciudad algo más grande y mucho menos sencilla. Desde ese momento el proyecto de mandarle á México tomó en el ánimo de don Francisco la absorbente tenacidad de las ideas fijas. Por la noche el buen señor no pudo dormir, lo que no le sucedía desde la víspera de su casamiento; pasó las horas devanando la enredada madeja de sus ideas, para poner en práctica aquel gran proyecto.

Lo cual no era muy difícil y la ocasión era que ni pintada. En México se encontraba entonces, como miembro

de la Cámara de Diputados, el licenciado Rodríguez, que patrocinaba, hacía mucho tiempo, los negocios de la casa Téllez, siendo pagado con liberalidad en todas ocasiones y recibiendo, como por añadidura, buenos regalos. Don Francisco y el licenciado eran compadres, pues siendo este último de lo más listo que haya para conservar los buenos clientes, invitó á aquél para que apadrinase á una niña que, hacía tres años, había dado á luz la fecunda esposa del señor Licenciado, pues ésta cada año regalaba á su esposo un hijo, proporcionándole así ocasión de adquirir dos buenos compadres.

La intervención del Licenciado facilitaba mucho los proyectos de don Francisco. Mandaríase el niño á México recomendado al buen compadre, el cual con gusto se prestaría á tutorear á Panchito, á aconsejarle, á dirigirle y á representar en todo al ausente padre, menos, por supuesto, en lo de dar la plata, pues el señor Licenciado no pecaba de dadivoso; pero esto último no hacía falta, para eso estaba allí don Francisco, con el corazón lleno de buena voluntad y el arca no vacía de patacones.

¿Quién había de creer que la única dificultad, que tal pareció á don Francisco, fué redactar la carta por medio de la cual se había de remitir y recomendar la querida cuanto delicada prenda? El no era muy ducho en esto de manejar la pluma, si se hubiera tratado de la vara de medir, de las balanzas, ó de otra insignia mercantil, hubiera sido otra cosa.

Por fin, después de pensarlo mucho, resolvió el punto difícil, admirándose de haberse parado por tan poco. El señor Zuloaga se encargaría de la delicada y diplomática

misión de redactar el documento; era gramático, era retórico, era pendolista, y en tal virtud podía escribir, no digo al compadre Rodríguez, que no era más que diputado, sino á cualquier ministro, y hasta al mismísimo presidente en persona.

Paquito era á la sazón un muchacho de doce años; su complexión era débil, su tez morena tenía un tinte amarillento y enfermizo. Era larguirucho, flaco, torpe y desmañado, por lo descuidada que había sido su educación física. Fué hijo único, y su padre, que amaba con idolatría á la madre del chico, cifró en éste todo su cariño apenas murió aquélla; le cuidaba lo que no es decible, le mimaba en extremo, y jamás quiso consentir en que se entregase al menor trabajo corporal. Creía de buena fe aquel padre cariñosísimo que su hijo había sido fabricado con un barro más fino y más frágil que el que formaba el cuerpo del honrado mercader; mientras le parecía muy natural levantar él los fardos más pesados, y entregarse á las tareas más rudas, hubiera creído impropio, profanador y hasta cruel, imponer á aquel niño cualquier faena, lo que le hubiera parecido tan brutal como uncir á un carro un hermoso colibrí, ó echar una tonelada sobre los débiles lomos de un perrito de Chihuahua.

Le aterraba la idea que pudiera morir aquella criatura tierna y delicada, en quien veía reproducido el frágil organismo de la mujer que quiso tanto. Salvo el color, que había sacado del padre, el niño era la imagen viva de la madre. Fortuna fué que sucediese así, porque si moreno le quería tanto, á ser blanco el niño, el padre habría enloquecido.

Mucho tiempo hacía que, á modo de hermoso ensueño, abrigaba el señor Téllez la idea de mandar á México á su niño para que hiciera buenos estudios; pero le aterraba el pensamiento de separarse de aquella criatura, que era para él la pura fuente de todo afecto, el exclusivo manantial de mil ternuras y algo como la atmósfera de su alma.

Le aterraba más todavía pensar que su querido pimpollo expusiese su cuerpo sensible y su alma delicada á los peligros de una gran ciudad; temía que los malsanos efluvios de las calles ajasen la salud de aquel hijo amado, y que los vicios y malas costumbres marchitasen y corrompiesen aquel corazón, que él quería conservar como vaso de los más suaves perfumes. Mas el buen juicio de aquel hombre honrado le sugería á menudo otras reflexiones.

—Yo quiero mucho á Panchito, — solía decirse, — lo quiero demasiado, y tanto cariño puede perjudicarle; es bueno que el hombre aprenda á manejarse por sí mismo, á evitar los peligros y á afrontarlos cuando no se pueden evitar; al paso que voy haré de mi hijo un marica. Bien dice el dicho: «Tanto quiso el diablo á su hijo...» Es verdad que yo sufriré mucho, porque no puedo vivir sin este muchacho; mas aguantaré como hombre que soy, haré este sacrificio en bien de mi criatura, y estoy seguro que su santa madre me sonreirá desde el cielo.

Así es que los escrúpulos de don Francisco, batidos ya tiempo hacía, fueron completamente derrotados con lo sucedido en el festejo de que hemos hablado. Quedó, pues, bien resuelto en su ánimo que el niño partiera, y

á fuer de hombre activo, que una vez tomada una resolución la pone en práctica, comenzó á hacer todo lo conducente á que el niño pudiese marchar de allí á dos meses.

¿Cómo era el ser moral de Paquito, cuando se decidió lo que tanto le atañía, y tanto iba á influir en su porvenir? Era de viva sensibilidad, de imaginación ardiente; era dado á la pereza del cuerpo y á la actividad del alma, era un soñador precoz y un poeta en agraz.

A las tres de la tarde solía tenderse boca arriba en el patio de su casa, quedábase inmóvil, clavaba la vista en el cielo, como si quisiera sondear con ella el piélago azul del infinito, como si quisiera rasgar con la mirada el cerúleo velo y vislumbrar contornos luminosos de alados ángeles, de querubes sonrosados, de castas vírgenes y de santos bienaventurados.

El calor de la hora, lo quieto de la postura, la fijeza tenaz de la mirada, y acaso la prosaica influencia de la digestión, producían en su cerebro y en sus retinas un efecto que le deleitaba: veía aparecer en el cielo terso y limpio, primero de uno en uno y luego á millares, pequeños discos de contornos diáfanos, semejantes á perlas que se esparciesen en la quieta superficie de un lago de azules y apacibles aguas, ó á diminutas mariposas que revoloteasen en aéreas y encantadas praderas. Las diáfanas rueditas tomaban después un color amarillo, matizado á poco de contornos rojos, y el cielo pareciale sucesivamente un manto azul en que lloviesen granitos de oro, ó una llanura mágica en que doradas abejas

revolaban silenciosas é inofensivas; en seguida las rubicundas rueditas, tomando un colorido más subido, parecían regueros de rojas é inflamadas chispas que anunciaran la conflagración del cielo; después los rojos círculos tornábanse negros, dando al cielo el aspecto de criba colosal; al mismo tiempo un enervamiento grato deprimía las facultades del chico, un sopor irresistible embotaba su sensibilidad, y se paraba de súbito la máquina de sus ideas. Su padre le encontraba inmóvil, con los ojos cerrados, la faz encendida, la respiración lenta y tranquila, y, tomándole cariñosamente en brazos, le llevaba á su cama. Lo que había comenzado por contemplación, continuado por ensueño y luego por éxtasis, remataba en agradable y perezosa siesta.

En las tardes en que el cielo se encapotaba, cubriéndose de apiñadas y negras nubes, que, arrebatadas por impetuoso viento, cruzaban por el aire, eludía el muchacho la cariñosa vigilancia de su padre, tendíase como lo acostumbraba, y miraba de hito en hito las nubes torvas, peregrinas y amenazantes. Veíalas discurrir como procesión de fantasmas cenicientos y negruzcos que desempeñaran misteriosas comisiones, ó como turba inquieta de aéreos seres, ó como masas confusas y revueltas de encarnizados combatientes, que sin armas visibles, mas con delirante rabia, chocaban los unos con los otros, reduciéndose á harapos, á jirones, ó á humeante polvo.

Tan prolongada contemplación producía en Paco una especie de vértigo, que le causaba la ilusión más rara. Trocaba la situación real de las cosas: le parecía que el nublado estaba inmóvil debajo de él, y que, sin alas

y arrebatado por quién sabe qué invisible y poderoso genio, volaba él por encima de aquel panorama de musas negras y vaporosas, que se desarrollaban por todos lados hasta perderse de vista; parecíale que el mundo se había convertido en caos, que el suelo había perdido su firmeza, que la luz se había sumergido en insondables profundidades, y que él, sin saber cómo, sobrevivía á la catástrofe, flotando sobre un mundo reducido á confusas masas de vapor. De repente el rojo culebreo del relámpago, seguido del estallido del trueno, ó los primeros goterones de la lluvia, le volvían brutalmente al sentimiento de la realidad, corría presuroso á guarecerse, desilusionado de su aérea excursión.

Para que aquel niño soñador diese rienda suelta al alado corcel de su fantasía, no era preciso que se tendiese á la bartola; sentado, de pie, andando, surgía en su mente la bandada de seres fantásticos en que su imaginación era tan fecunda, y esa bandada se mezclaba á las cosas reales, y hasta llegaba á dominarlas. Paquito gozaba de la vida subjetiva en toda su plenitud, y encantábale tal goce; placíale ver la realidad á través del diáfano y colorido velo de las visiones que forjaba.

Su propensión á fantasear le hacía huraño, retraído é inclinado á la soledad; evitaba el trato de los muchachos de su edad, que con sus pláticas podían distraerle de sus queridas visiones. Gustándole más que la conversación los ensueños, era taciturno, y a los sitios concurridos prefería los solitarios y silenciosos.

A su padre le encantaban estas inclinaciones, tomábalas por muestra del buen juicio y de la genuina supe-

rioridad de su hijo, que instintivamente evitaba el roce de las malas compañías. Ignoraba aquel hombre sencillo que, en lo más íntimo y recóndito del alma de Paquito, se abrigaba la pésima compañía que llamamos imaginación, y que filósofos sesudos han apellidado la loca de la casa.

La manía soñadora de aquel niño inclinábale á la lectura de novelas románticas y sentimentales, con una afición que rayaba en delirio. Dicho se está que su padre se encantaba con esto, como con todo lo que veía en su hijo, y que le compraba cuantas novelas quería leer el muchacho.

Puede suponerse el efecto que en lector tal producirían las imágenes de la novela, asociándose á las que en abundancia procreaba su rica imaginación, y el impulso que darían á su manía de fantasear. Al vagar, solo y soñador, por los sitios amenos que rodean su ciudad natal, forjaba más de una novela en que él mismo era el héroe; fingía castillos feudales, vistosos torneos, combates singulares y solemnes juicios de Dios; fingía doncellas secuestradas por barones feroces y sin entrañas, y creía aparecer él como el paladín invencible que, desenvainando el acero en pro de la inocencia, la sacase inmaculada del antro en que gimiera. En su rara manía de tomar lo soñado por lo real, sucedíale á veces convertir la choza del labrador en la prisión de alguna infeliz cautiva.

Estaba convencido de que en alguna parte del mundo habían de suceder cosas, como las que con tanto deleite leía, y ansiaba tener más años para enamorarse, para

sacar la espada en defensa de la señora de sus pensamientos, ó para robarla en tenebrosa noche y, cabalgando en negro y rápido corcel, trasladarla á venturosas regiones.

Sus ensueños se acompañaban de efusiones tiernas y adquirían tintes melancólicos; gustábale en noches de luna retirarse á sitio apartado de la casa, y entregarse, con la vista fija en el astro, á las reflexiones más inmotivadamente tristes; pensaba, por ejemplo, en huérfanos hambrientos y sin abrigo; luego se le antojaba que él era uno de esos infelices, y la ficción, imponiéndose como si fuera realidad, le causaba una pena inmensa é inundaba sus ojos de lágrimas.

¡Pobre muchacho! Con aquel exagerado sentimentalismo, con aquella manía de fantasear, con aquellas frecuentes melancolías, que parecían presentimientos de futuras desgracias, con aquel desconocimiento de la realidad, iba á partir á una gran ciudad, en la que era muy probable que se derrumbara y cayese sobre él la quimérica fábrica de fantaseos, fruto de una niñez solitaria y mimada.

## CAPÍTULO V

### Más antecedentes

En la época en que Paquito dejó por vez primera su ciudad natal y su hogar tranquilo para venir á México, la locomotora no cruzaba todavía las feraces llanuras del Bajío, y el más rápido medio de transporte era la pesada